

La historiografía mexicana en las décadas recientes



JOSEFINA ZORAIDA VÁZQUEZ

Los cambios profundos que ha sufrido nuestro mundo en el medio siglo que siguió a la segunda Guerra Mundial resultan sorprendentes. A fines del siglo XIX, Henry Adams notaba con estupor el aceleramiento de la historia; sin embargo, a los que hemos vivido una buena tajada del XX nos parece insignificante. Incluso es difícil listar los cambios: grandes revoluciones político-sociales, dos conflagraciones mundiales, formación de bloques ideológicos y económicos, increíbles descubrimientos de la ciencia y de la técnica y sus efectos secundarios sobre nuestra Tierra, nuevos medios de comunicación masiva y la consecuente globalización, el sorpresivo desmoronamiento del mundo "socialista", etcétera. Es indudable que todos estos hechos han influido para transformar nuestra percepción del pasado.

La historia siempre está presente en la vida mexicana, seguramente porque al convivir con nuestras raíces, nos siguen conmoviendo las derrotas y glorias pretéritas y todo lo que se refiere al pasado tiene público. Eso ha permitido que la historiografía mexicana haya mantenido su lugar como género importante. Mas la profesionalización de la historia es bastante reciente: antes de la década de 1940 buena parte de los historiadores provenía de las filas de la abogacía. El tiempo lento y rutinario de la vida era propicio para que personas sensibles, educadas e interesadas en el pasado consolidaran su formación en bibliotecas privadas, nutriéndose de obras clásicas y de "antigüedades" mexicanas. Una vez despertada la curiosidad, pasaban naturalmente a empeñarse en la búsqueda de documentos y huellas del pasado. Por supuesto que difícilmente sobrevivían si no contaban con un peculio o ejercían con éxito la política, la diplomacia, la abogacía, el periodismo o tenían puestos burocráticos. Esa pequeña élite se habría de conformar muchas veces alrededor de diversas instituciones como el Museo Nacional (1824) o la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (1833), donde compartían inquietudes, intercambiaban conocimientos y promovían la fundación de instituciones académicas, de

repositorios documentales y bibliográficos y la publicación de muchas obras clásicas.

En esta forma, la historiografía estaba sujeta a muchas circunstancias fortuitas. Aires menos inseguros empezaron a soplar a partir de fines de la década de 1930 con la aparición de importantes instituciones. En 1939 se estableció el Instituto Nacional de Antropología e Historia que, en 1956, crearía su Departamento de Investigaciones Históricas. En 1940 la Casa de España en México se transformó en El Colegio de México, que al año siguiente fundaría su Centro de Estudios Históricos. En 1944 se organizó el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, al tiempo que la Facultad de Filosofía iniciaba sus seminarios de especialización, para que los graduados que obtenían maestría en historia pudieran acceder al doctorado. Estas y otras instituciones, como los institutos de Investigaciones Estéticas, Jurídicas y Sociales, iban a crear las condiciones que favorecían la investigación histórica.

Uno de los obstáculos que enfrentaba la dedicación a la historia era la polarización existente entre los miembros del gremio. La disputa sobre los orígenes los dividía en hispanistas e indigenistas, mientras que la ideología, la metodología y la concepción de la verdad histórica los fragmentaba en diversos grupos. Todavía algunos historiadores concebían su tarea como la búsqueda de "datos inéditos" que, acumulados, "algún día" permitirían conocer la "verdad". Por supuesto que había estudiosos que trascendían esa estrecha visión y concebían la función de la historia en un marco más amplio, a lo cual iba a contribuir la labor de discusión iniciada por el Fondo de Cultura Económica desde su fundación en 1934, con su ambicioso programa de traducción de obras clásicas y modernas indispensables en las ciencias sociales y las humanidades. Todo ello permitió que la vida académica fuera conquistando madurez, a pesar de la estrechez económica.

La llegada de los intelectuales españoles a partir de 1939 significó un gran impulso para los estudios históricos en México. Entre los exiliados se encontraban Rafael Altamira,

José Iglesias, Wenceslao Roces, Pedro Bosch Gimpera, José Miranda, Agustín Millares Carlo, Javier Malagón, José María Miquel y Vergés y el filósofo que habría de modelar a toda una generación de historiadores de las ideas, José Gaos. Es decir, historiadores de gran talla que representaban diversas corrientes de pensamiento se sumaban a ilustres mexicanos como Pablo Martínez del Río, Manuel Toussaint, Antonio Gómez Robledo, Luis Chávez Orozco, Manuel Othón de Mendiábal, Ángel María Garibay, Alfonso Caso, Justino Fernández, Silvio Zavala, Alfonso Teja Zabre, José C. Valadés, Daniel Cosío Villegas, Edmundo O'Gorman, etcétera, para contribuir a renovar la vida académica mexicana.

La maestría en historia que se cursaba en la Facultad de Filosofía de la UNAM o en la Escuela Normal Superior habitaba a los graduados a impartir clases. En ese sentido, la maestría en historia de El Colegio de México, organizada por don Silvio Zavala, con su aspiración de formar investigadores significó una revolución. Contribuyó también con otras innovaciones; amplió el marco de interés por la historia de Hispanoamérica, aunque ceñido a la época colonial, y exigió dedicación exclusiva a profesores y alumnos. Hay que subrayar que la estrecha colaboración entre el INAH, El Colegio de México y la UNAM fue muy fructífera. El Seminario de Historia del Pensamiento en Lengua Española, dirigido por José Gaos, permitió que varios universitarios y colegiales elaboraran tesis que se convirtieron en modelo, entre ellas las de Leopoldo Zea, Pablo González Casanova, Monelisa Pérez Marchand y Luis Villoro. De las tres promociones de colegiales resultó una cosecha de distinguidos historiadores cuya preparación *profesional* les permitiría hacer una importante contribución al cultivo de diversas ramas de la historiografía en varias instituciones.

El ambiente permitió que para 1945 se definieran tres corrientes de pensamiento histórico: el materialismo, el historicismo y el neopositivismo. Por entonces el marxismo no cobraba la importancia que adquiriría durante las décadas de los sesentas y setentas, de manera que el enfrentamiento principal se daba entre el neopositivismo, que representaba don Silvio Zavala, y el historicismo, que defendía Edmundo O'Gorman. La rica prosa de Luis González nos informa cómo

En 1945 tuvo lugar en México una interesante confrontación de ideas entre Edmundo O'Gorman y Silvio Zavala, representantes, respectivamente, del relativismo y del neopositivismo. Después de una discusión inicial, ambos polemistas acordaron presentarse a un duelo ideológico acompañados de padrinos. O'Gorman llevó a José Gaos y a Ramón Iglesia; Zavala invitó a don Rafael Altamira y a don Domingo Barnés...¹

Seguramente estas discusiones le sugirieron a don Edmundo su *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (1947); sin

embargo, su preocupación central era ya la de la entrada de América a la historia, planteada en *Fundamentos de la historia de América* (1942) y perseguida en la elaboración de un enjundioso libro, *La idea del descubrimiento de América* (1951), para culminar en *La invención de América* (1958). Su extensa obra incluye interpretaciones lúcidas personales de la historia mexicana, en especial, *Supervivencia política mexicana, México, el trauma de su historia* y *Destierro de sombras*, todas contribuciones fundamentales a la historia de las ideas. Aunque don Edmundo desafiaba la simple búsqueda de datos, tenía una sólida experiencia en el Archivo General de la Nación, junto a un conocimiento profundo de los cronistas e historiadores mexicanos y de la historiografía y filosofía occidental. Sus innovadoras clases de historia de la historiografía, geografía histórica y filosofía de la historia y el seminario de investigación, formaron generaciones de historiadores convencidos de las limitaciones del conocimiento histórico y de la necesidad de recrear el pasado. Gracias a la colaboración de algunos de sus discípulos, entre los cuales destacó un gigante de la docencia, don Juan Ortega y Medina, la escuela de O'Gorman se abrió paso, con gran dificultad, en la Facultad de Filosofía, hasta convertirse en la predominante para los años sesentas. Las enseñanzas de O'Gorman se extendieron a otras instituciones, entre ellas el departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana, la Veracruzana y el propio Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

A Zavala, en cambio, le atraían las instituciones, la legislación y la historia social y abría causas que seguirían muchos de sus discípulos. Junto a ensayos históricos como *La encomienda indiana*, *Instituciones jurídicas en la conquista de América* (1935), *La filosofía política de la conquista de América* (1947) y *Ensayos sobre la colonización española en América* (1944), concentró su trabajo en la publicación de grandes colecciones de documentos sobre la historia social, con especial referencia al trabajo en Hispanoamérica. Tanto Zavala como O'Gorman tenían formación jurídica y los dos se interesaban por el pasado colonial de América, es decir, traspasaban el provincialismo tradicional concentrado en la historia mexicana. Pero mientras el temperamento de Zavala le permitía afirmar la posibilidad de ser objetivo, don Edmundo, polémico y apasionado, iba a ser el terror de los neopositivistas, convirtiéndose en el *enfant terrible* de las reuniones académicas. Zavala combinó tareas diplomáticas con el ejercicio de la historia. O'Gorman dedicó su vida a la academia.

Durante la década de 1950, en un ambiente en que vibraba la preocupación por "lo mexicano", después de presenciar los excesos de la guerra de huesos de Cortés y Cuauhtémoc, la UNAM se trasladaba a la Ciudad Universitaria. La profesionalización de la historia parecía asegurada cuando El Colegio de México suspendió sus actividades docentes formales. La creatividad del tercer gran mentor de historiadores, don Daniel Cosío Villegas, iba a experimentar con el seminario como vía de formación de historiadores. El abogado, sociólogo, econo-

¹ Luis González, "La pasión del nido", en *Historia mexicana*, xxv: 4, 1976, p. 537, nota 11.

mista, crítico implacable, editor y promotor, preocupado por encontrar respuestas a los problemas mexicanos, iba a emprender la aventura de desentrañar la historia moderna de México, desde 1867 hasta 1910. Fue innovador en muchos sentidos. Después de asegurar un buen financiamiento, formó su seminario con miembros graduados en historia o ciencias sociales. Los que tenían experiencia se constituyeron en investigadores y los jóvenes que se iniciaban, se consideraron ayudantes. La finalidad del seminario era doble, por un lado, contribuir al mejoramiento de sus miembros y, por el otro, elaborar la historia total del periodo. Este primer seminario interdisciplinario se estableció sin el bombo y platillos que



tendrían los posteriores. Don Daniel fijó una ruta de trabajo simple: el jefe de cada volumen presentaba un proyecto inicial con su lista de fuentes y éste se discutía en el pleno del seminario; una vez aprobado, se distribuían los temas entre el jefe de volumen y sus ayudantes, que procedían al fichado, clasificando el material por temas. Cuando se consideraba que se tenía el material suficiente, se procedía a la redacción. El seminario discutía cada parte para afinarla o corregirla, práctica que acostumbró a la crítica a todos sus miembros. Del éxito del seminario resultaron diez grandes volúmenes que cubrieron la historia política, social, cultural y económica de la República restaurada y el Porfiriato. Más tarde, pero con menos éxito pues le fallaron los autores de cinco de los primeros volúmenes, organizó la *Historia de la Revolución mexicana*; en cambio, pudo llevar a buen fin *La historia general de México*.

Mientras tanto, el mundo y México se transformaban al influjo de las comunicaciones masivas. Se abrieron posibilidades de viajar y estudiar en el extranjero, mientras que historiadores norteamericanos y europeos visitaron frecuentemente nuestras instituciones. El Centro de Estudios Históricos reinició su maestría en 1962 y para 1969 decidió concentrar sus esfuerzos en formar doctores. Gracias a un financiamiento externo se consiguió invitar a profesores extranjeros, y el Centro de Estudios Internacionales se vio en la posibilidad de incursionar en el pasado mundial, lo que permitiría ampliar el lente con que se observaba el pasado y renovar el estudio de la historia diplomática.² La UNAM, por su parte, además de empezar a recibir una avalancha de aspirantes, también amplió sus perspectivas a través de sus diversas instituciones. La Facultad de Filosofía estimuló especialidades atractivas, gracias a su excelente profesorado en la historia de las ideas, prehispánica, del arte, latinoamericana o de la historiografía, entre otras áreas.

En los nuevos y viejos historiadores se notó una mezcla de inquietudes propias con ecos de fuera. En el lento proceso de transformación de la historiografía tendría importancia la aparición de obras de profunda influencia, entre las que podríamos citar *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz (1949), *New Spain's Century of Depression* de Woodrow Borah (1951), *El Mediterráneo en tiempos de Felipe II* de Fernand Braudel (1953), *América como conciencia* de Leopoldo Zea (1953), *La formation des grands domaines au Mexique* de François Chevalier (1952), *El proceso ideológico de la independencia* de Luis Villoro (1953), *La diputación provincial y el federalismo mexicano* de Nettie Lee Benson (1955), *La filosofía náhuatl* de Miguel León-Portilla (1956), *Social Bandits and Primitive Rebels* de Eric Hobsbawm (1959), *El liberalismo mexicano* de Jesús Reyes Heróles (1961-1962), *The Indian Population of Central Mexico, 1531-1610* de W. W. Borah y S. F. Cook (1960), *The Aztecs under the Spanish Rule. A History of the Valley of Mexico, 1519-1810* de Charles Gibson (1964), *La democracia en México* de Pablo González Casanova, *Mexican Liberalism in the Age of Mora* de Charles Hale (1968), *Crown and Clergy in Colonial Mexico, 1759-1821* de Nancy Farris (1968), *Zapata and the Mexican Revolution* de John Womack (1969), *Miners and Merchants in Bourbon Mexico, 1763-1810* de David Brading (1971), *Landlord and Peasant in Colonial Oaxaca* de William Taylor (1972), *Hombre-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl* de Alfredo López Austin (1972), *La formación del poder político en México* de Arnaldo Córdova (1972), *La cristiada* de Jean Meyer (1973) y aún la traducción del libro de los soviéticos M. S. Alperovich, B. T. Rudenko y N. M. Lavrov, *La Revolución mexicana* (1962), que hoy se antojaría simplista pero que al traducirse causó cierto revuelo.³

² Ejemplo temprano sería el libro de Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, 1968.

³ Estamos seguros de ser injustos y aventuramos un compromiso enorme pues para ser más justos requeriríamos de un verdadero estudio historiográfico, que este ensayo no puede pretender. Puede consultarse el libro de E. Florescano, *El nuevo pasado mexicano* (1991) para obtener una visión de conjunto.

Acontecimientos y nuevas ideas inclinaron a los noveles historiadores hacia temas inéditos y a una actitud ecléctica, por lo menos hasta que en el ambiente propicio de fines de la década de 1960, la influencia de los movimientos de liberación nacional, la teoría de la dependencia⁴ y la nueva historia marxista europea constituyeran una corriente que dominaría la docencia. Las reuniones de historiadores vieron la participación de científicos sociales, con lo que la sociología, la demografía, la antropología, la ciencia política y la economía empezaron a tener una influencia creciente en los acercamientos históricos; también estudiosos de esas ramas del conocimiento se avocaron a hacer estudios históricos o terminaron por ser investigadores históricos.⁵ La historia cuantitativa y la nueva historia económica se convirtieron en centro de atención.

Los nuevos intereses inspiraron un cambio importante en la historiografía, incursionando en nuevos temas y archivos. Es posible subrayar dos obras que formarían escuela: *Pueblo en vilo* de Luis González (1968) y *Precios del maíz y crisis agrícolas en México, 1708-1810* de Enrique Florescano (1969). El primero impulsó la microhistoria y el segundo la historia cuantitativa y económica. Con ágil pluma y amplio conocimiento de la historia nacional, don Luis pudo dar vida al devenir de su terruño en el marco del acontecer del país, situación que casi nunca sortearon con éxito sus seguidores. De todas formas, la nueva historia regional ha hecho grandes aportaciones para el conocimiento de nuestro pasado.

La historia económica tenía alguna tradición en historiadores como Luis Chávez Orozco, José Miranda, Silvio Zavala y Jan Bazant;⁶ sin embargo, con el instrumental utilizado por algunos historiadores de la escuela de los Anales se hacían estudios cuantitativos; por otro lado, el libro de Florescano afectaba planteamientos de la historia colonial y de la Independencia. Su autor se hizo cargo del Departamento de Investigaciones Históricas del INAH, por lo cual pudo promover una serie de seminarios que hicieron aportaciones en la historia económica, urbana y de las mentalidades.

⁴ André Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America. Historical Studies in Chile and Brazil* (1967); Fernando Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina* (1968); Stanley y Barbara Stein, *The Colonial Heritage of Latin America. Essays on Economic Dependence in Perspective* (1970). Puede consultarse el ensayo de Tulio Halperin, "Dependency Theory and Latin American Historiography", en *Latin American Research Review*, núm. 17, 1982.

⁵ Tal el caso de Moisés González Navarro que había hecho estudios de sociología, preparación que le permitiría incursionar en múltiples aspectos de la historia mexicana de los siglos XIX y XX.

⁶ Para ampliar el panorama puede consultarse el balance de "Historia Económica y Social" de E. Florescano y A. Moreno Toscano, en *Historia Mexicana*, xv: 2-3, 1966; la reseña de Eric Van Young, "Mexican Rural History since Chevalier: the Historiography of the Colonial Hacienda", en *Latin American Research Review*, xvii: 3, 1983 y los artículos de Manuel Miño, "Estructura económica y crecimiento: la historiografía económica colonial mexicana" y Herbert Klein, "Historia fiscal colonial: resultados y perspectivas", en *Historia Mexicana*, xlii: 2, 1992.

Los estudios generados a causa de la preocupación por situar la entrada del capitalismo en México se divorciarían poco a poco de las ortodoxias y, aprovechando aportaciones de la historia social, realizarían propuestas incisivas. La historiografía social siguió múltiples caminos,⁷ aunque tal vez la influencia dominante fue la de los Anales con su empeño por estudiar procesos de larga duración. Moisés González Navarro, pionero de esta corriente, prefirió utilizar un esquema más weberiano en sus obras y las de sus múltiples discípulos.

Los nuevos acercamientos al pasado mexicano favorecieron el estudio de la Colonia, en especial del siglo XVIII, y de la Revolución pero no tardaron en representar un verdadero desafío a la historia política y a la cronología tradicional. Las aportaciones mexicanas y extranjeras al estudio del siglo XVIII también han abierto causas para revisar la Independencia y "los años olvidados" (1821-1854), y han desembocado en lo conveniente que resulta considerar el periodo de 1750 a 1850 como una unidad. Al mismo tiempo, las aportaciones de la historiografía social y económica han despertado un nuevo interés en la historia política, claro está que con bases diferentes.

La gran complejidad que cobró la historiografía mexicana durante la década de los ochentas, gracias a la aportación de las viejas y de las nuevas instituciones fundadas tanto en la provincia como en la capital, le ha permitido incursionar en tantos frentes que es difícil hacer un balance.⁸ La proliferación de publicaciones es tal que a ratos se nos antoja exacta la afirmación de Bernard Bailyn de que en lugar de iluminar los temas centrales contribuyen a oscurecerla.⁹ Por supuesto que no es así; al contrario, han abierto la posibilidad de reinterpretar el pasado desde el presente.

La historiografía mexicana, como sucede en todos los aspectos de la vida, está ligada a la del exterior. En mi opinión una de las tareas impostergables será la de superar el provincialismo que ha aquejado a la historiografía mexicana en general y para ello necesitamos especialistas en historia de Hispanoamérica, de Estados Unidos, de Europa, de Asia y de África. Sólo estudiando el pasado mexicano en un amplio contexto mundial cobrará su verdadera dimensión. Después de todo, según don Edmundo O'Gorman, el conocimiento histórico es "la vigía que alerta la conciencia de lo que somos, en trance permanente de lo que podemos ser". ♦

⁷ William B. Taylor, "Between Global Process and Local Knowledge. An Inquiry into Early Latin American Social History, 1500-1900", en Oliver Zunz, ed. *Reliving the Past. The Worlds of Social History*, 1985.

⁸ Para tener una apreciación general de lo logrado en Iberoamérica en el periodo de 1945 a 1988 puede consultarse *Balance de la historiografía sobre Iberoamérica (1945-1988)*, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona, 1989. También son útiles algunos artículos de dos números de *Historia Mexicana*: "México e Hispanoamérica en el Quinto Centenario", xliii: 2-3, 1992-1993.

⁹ Bernard Bailyn, "The Challenge of Modern Historiography", en *American Historical Review*, 87: 4, 1982, p. 3.